

Presentación pública de las nuevas autoridades de la UCALP

Queridos amigos, queridas amigas, en este mundo que se parte en pedazos, quiero destacar que una Universidad Católica es un lugar donde debe producirse un precioso *encuentro*. Por eso agradezco a todos ustedes que nos acompañen hoy.

Este punto nos ayuda a ver cuál es la raíz de la identidad profunda de una Universidad Católica. Se trata del lugar de un encuentro constante que tiene cinco dimensiones:

Encuentro con la verdad

La encíclica *Populorum Progressio* enseñaba que “en los designios de Dios, cada ser humano está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo ser humano es una vocación” (PP 15). Pero esto implica necesariamente tu desarrollo como ser pensante. Es decir, implica un encuentro personal tuyo con la verdad.

Creer y buscar la felicidad no es arrancarse la cabeza, no mutila el cerebro, no enferma tu capacidad reflexiva, no destruye la facultad de pensar. Al contrario, el verdadero deseo de plenitud promueve tu inteligencia para que, dentro de la fe y del amor se desarrolle plenamente.

Y esto no implica la multitud inagotable de información que hoy nos satura y nos atonta, sino la profundización de un aspecto de la realidad donde siento un particular llamado, por mis capacidades, por mis inclinaciones, por mi historia.

Pero lo hace siempre con una sabia admiración ante una realidad que es inmensamente más amplia que su propio saber. Entonces integra humildemente sus conocimientos limitados dentro de una perspectiva que abre enormes horizontes.

Así cada uno aporta con su vida una nueva faceta a ese precioso poliedro que formamos entre todos, como gusta decir el Papa Francisco.

Pero esto supone un tiempo de estudio constante de la propia disciplina con calidad interior, en orden a seguir madurando hacia tu plenitud profesional. La búsqueda de la verdad es plena actividad. Es un receptivo abrirse a la realidad, pero con plena conciencia y entrega de sí, con deseo y altísima atención, como quien escucha a un amigo con todo su interés.

Para sostener una actividad docente con calidad y gozo sapiencial hace falta mantener ese tiempo de búsqueda a veces árida pero siempre fecunda, donde se ruega, se clama, se piensa, se vuelve a pensar, se lee, se sufre, hasta que se enciende una luz, hasta que brota esa verdad que luego en una clase se dirá en una frase, o irá a parar a un breve párrafo de un apunte.

Pero cuando en la clase uno expresa eso que le costó sangre descubrir, en esas pocas palabras se entrega la vida. Posiblemente eso será lo que quede dando vueltas dentro de los demás. Por eso, esas pocas palabras justifican el empeño del estudio y la investigación, muchas veces incomprendido. Más allá de los resultados inmediatos, esa entrega de seguramente dará frutos, aunque no se pueda saber cómo ni cuándo.

El encuentro entre la fe y la cultura

Pero para un académico universitario católico esta búsqueda realiza otro “encuentro” que quiero destacar: el encuentro de la fe con la cultura, especialmente con las ciencias.

Una fe cultivada no te quita nada de profesionalismo o de seriedad científica. Al contrario, abre tu mente para que puedas percibir aspectos más profundos de la realidad y puedas entender mejor qué es el ser humano, cuál es el sentido de la vida, cuál es la finalidad de las cosas. Una cosmovisión creyente no destruye nada auténticamente humano, sino que lo fecunda y lo potencia.

Cada uno en la universidad, está llamado a ofrecer su aporte en este diálogo entre la fe y las ciencias, para poder ofrecer a los alumnos una verdadera *síntesis vital* que les permita reconocer la belleza integradora de la cosmovisión cristiana.

En ningún lugar de la Iglesia, pero menos todavía en una Universidad Católica, podemos separar la fe y las ciencias. Porque una Universidad católica no es un “enseñadero”, sino un espacio de fecunda interacción, donde la ciencia libera a la fe del fanatismo religioso y la fe abre a la ciencia perspectivas inéditas.

Encuentro con la sociedad de este lugar concreto de la tierra.

Como comunidad universitaria, todos ustedes están llamados a producir otro encuentro precioso: el encuentro del saber que cultivan con la Sociedad civil y con el Pueblo de esta región.

El Papa Francisco en su última encíclica *Fratelli tutti* destacó que el amor de cada uno a su propio lugar es fidelidad a Dios, porque él nos regaló esta tierra y este pueblo como un don. Desde este lugar nos abrimos a los demás. No se es auténticamente universal sino desde el amor a la tierra, al lugar, a la gente y a la cultura donde uno está inserto. Porque no hay auténtico diálogo con los diferentes si uno no tiene una clara identidad personal, si no posee algo verdaderamente propio, si su conciencia es sólo un mezcla de ideas y experiencias que acoge indiscriminadamente. ¿Alguien sin identidad puede ofrecer a otro algo verdaderamente “personal”?

Lo mismo sucede cuando una persona no está arraigada en un lugar, cuando desconoce la misma tierra concreta que está pisando: ¿Desde dónde puede percibir los ricos matices de las variadas culturas, desde dónde puede acoger al diferente, desde donde puede pensar la diversidad?

Pero vale también lo contrario: nadie es sanamente local si no dejarse interpelar por lo que sucede en otras partes, sin dejarse enriquecer por otras culturas o sin solidarizarse con los dramas de los otros. Nuestro amor a la propia ciudad no es la pobreza de las mentalidades cerradas que se clausuran obsesiva, terca y fanáticamente en unas pocas ideas, costumbres y seguridades, incapaces de admiración frente a la belleza que trasciende los límites de la propia ciudad. Así, la vida local deja de ser auténticamente receptiva, ya no se deja completar. En esta endogamia, se limita en sus posibilidades de desarrollo, se vuelve estática y se enferma. Porque en realidad toda cultura *sana* es abierta y acogedora por naturaleza.

Mirándose a sí mismo con el punto de referencia del otro, mirándose desde lo diverso, cada uno puede reconocer mejor las peculiaridades de su propia tierra y de su cultura: sus riquezas, sus posibilidades y sus límites. Esto provoca el nacimiento de una *nueva síntesis* que finalmente beneficia a todos.

La Universidad está llamada a realizar una preciosa síntesis que resulte del encuentro del saber que cultiva, con la historia, las necesidades, las expectativas, la cultura de esta región. Pero al mismo tiempo, nuestro espíritu católico, que significa “universal” nos ayuda a mirar más allá de los intereses locales para poder recoger la belleza y el clamor del mundo entero.

El primer encuentro

Ahora tenemos que decir que, como creyentes, en primer lugar, nos marca y nos distingue el encuentro con un amor inmenso que nos sostiene: el amor de Dios. Sobre ese amor, dirigido a cada uno de ustedes, dice la Palabra de Dios:

“Podrán correrse los montes y moverse las colinas, pero mi amor no se apartará de tu lado” (Is 54, 10). Vivimos en una época de mucha angustia, de tantas inseguridades y temores. Mucha gente vive con una especie de nudo en la garganta. Eso en realidad viene de una gran debilidad interior, de no estar firmes por dentro. Y entonces cualquier amenaza a la propia seguridad se vuelve terrible. Pero “podrán correrse los montes, que mi amor no se apartará de tu lado”. Si yo me entrego con confianza, puedo sentir que hay un amor inmenso podré encontrarle sentido a lo que me suceda.

También dice la Biblia: *“Eres precioso a mis ojos, eres estimado y yo te amo”* (Is 43, 4). Dios no dice que nos ama a pesar de nuestra mediocridad, nuestras oscuridades, nuestra fealdad. En esta afirmación con tres partes delimitadas, dice más bien que su amor tiene un fundamento en nosotros, en una belleza real que él mismo puso en cada uno de nosotros: “Eres precioso”. No hay seres humanos horribles, privados de toda belleza.

En todos, aun detrás de muchas capas de cenizas, hay una perla preciosa, una hermosura que nada puede destruir. Es la belleza que a veces sólo el Creador puede percibir, y por eso dice: “Eres estimado”. Pero la relación que el Señor ofrece a cada uno de ustedes no es sólo la de un conocimiento, o sólo una especie de valoración mental. Es amor, es cariño, es ternura. Por eso concluye “y yo te amo”. Cuando uno se encuentra con ese amor, ya no necesita estar demostrándoles a los demás que tiene valor o que sirve para algo. Más allá de la forma como me miren los demás, yo soy precioso, soy estimado y soy infinitamente amado. Por lo tanto, ya no necesito gastar energías en la apariencias, y entonces puedo gastarlas en algo más útil.

Si en esta Universidad todos viviéramos esa experiencia, se notaría que aquí hay algo diferente, habría un “*plus*” profundamente atractivo.

Estos textos bíblicos, entre tantos otros que podríamos citar, nos recuerdan que en la base de nuestra identidad católica está la experiencia de un amor que nos sostiene en medio de las dificultades de la vida personal. Pase lo que pase siempre

se encenderá una luz, siempre habrá una salida, también en medio de los problemas de la convivencia en esta universidad, de las dificultades propias de la docencia, de la ingratitud de algunos, y de tantas cosas que pueden llegar a enturbiar y entristecer nuestra mirada. Todos esos problemas son verdaderos, pero más verdad todavía es que nuestra vida tiene sentido porque estamos envueltos, penetrados y sostenidos por un amor infinito que nos hace valiosos y esperanzados. Esa es la raíz profunda que está detrás de una Universidad Católica, más que una doctrina ortodoxa más que un sistema moral sin fisuras.

El reconocimiento del otro

Esta experiencia de amor me capacita para reconocer la inmensa dignidad de todo ser humano y esto tiene muchas consecuencias teóricas y prácticas. Para los cristianos Jesucristo, Dios hecho hombre, eleva esta convicción del valor de cada persona humana a un nivel inaudito.

Por lo tanto, si decíamos que lo que sintetiza todo es la palabra “encuentro”, ahora tenemos que agregar que el encuentro con Dios exige el encuentro entre hermanos que tienen la misma dignidad.

En este sentido, la Biblia dice que “quien dice que está en la luz pero no ama a su hermano, está todavía en las tinieblas” (1 Jn 2, 9), y que “nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos” (1 Jn 3, 14). El que dice que ama a Dios pero no ama al hermano “es un mentiroso” (1 Jn 4, 20). Es evidente entonces que el amor al hermano es la expresión externa indispensable del amor a Dios que guardamos en nuestro interior. Pero esta expresión debe consistir en actos “externos” de amor al hermano, y no sólo en sentimientos internos, ya que “si alguien vive en la abundancia y viendo a un hermano en la necesidad le cierra su corazón, ¿Cómo permanecerá en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos sólo con la lengua y de palabra, sino con obras” (1 Jn 3, 17-18).

La fe nos permite mirar a los demás con otros ojos, y mirar detrás de la apariencia para reconocer el inmenso valor de cada ser humano, para reconocer al otro que está allí: con sus angustias, con sus sueños, con sus propios proyectos que son tan legítimos como los míos. Él también tiene derecho a estar aquí, ella también tiene derecho a un lugar en este mundo. Ojalá que después del coronavirus este reconocimiento provoque el surgimiento de una cultura más fraterna, aunque los síntomas que vemos parecen mostrar otra orientación del mundo.

Este encuentro con el otro impide que cada uno se encierre en un pequeño mundo de ideas parciales y de intereses mezquinos que nos cierran el panorama. Los miembros de una comunidad académica necesitamos una mirada amplia, nuestro pensamiento debe ser abierto y abarcador. Pero si no nos dejamos interpelar por los demás nuestras perspectivas se cierran y perdemos hasta la claridad de la mente.

La Universidad debe ser necesariamente un lugar de encuentro con los otros que se exprese en la escucha, el diálogo abierto, la confrontación de ideas, la apertura para desarrollar proyectos comunes.

Como ven, la palabra “encuentro” sintetiza este programa de crecimiento integral que debe ser como una mística que inspire la vida universitaria.

Que esta universidad sea un lugar de encuentro con Dios, con los otros, con la verdad, que sea un lugar de encuentro de la fe con la cultura y con esta ciudad que Dios nos ha regalado como don.

Con este espíritu he designado a las nuevas autoridades.

Mons. Víctor Manuel Fernández
11 de marzo de 2021

